

EL REGIMEN CATOLICO FEUDAL.

1.— Estado del mundo feudal en los comienzos de las Cruzadas.—2.— El imperio bizantino.—3.— Los mahometanos.—4.— Las Cruzadas: siglos XI y XII.—5.— Los municipios en el siglo XII.

1 *Estado del mundo feudal en los comienzos de las Cruzadas.*— Mientras el imperio romano germánico se obstinaba en la teoría de una quimérica supremacía en Occidente, otros pueblos destinados á sobrevivirle seguían condensándose y organizándose junto á él, pero fuera de su alcance; los escandinavos en Dinamarca y Suecia y Noruega; los eslavos en Polonia y Bohemia, los magyares en Hungría, se mezclaban más directamente á la vida imperial por el Norte y el Este; los ingleses, los franceses y los españoles avanzaban hacia la unidad nacional más ó menos lentamente, pero con más libertad; en éstos nos ocuparemos someramente desde luego.

Los Capetos. Durante todo el siglo XI, los descendientes de Hugo Capeto, el rey hechura de la Iglesia, se contentaron con vivir; tuvieron, como todos los monarcas de entonces, sus disidencias con la Iglesia, de las que no salieron mal librados; sus conflictos con el imperio alemán, que poseía dentro de Francia el ducado de Lorena y el reino de Borgoña, y sus interminables luchas ó con los grandes vasallos ó con sus vasallos patrimoniales en la región central de Francia, que se llamaba *el dominio*; hubo alguno de estos vasallos que, en su castillo de Monthlery, hiciera frente años y años al rey de Francia, que al fin obtuvo *por herencia* lo que pretendía poseer por la fuerza.— *Los normandos.* Entre los grandes vasallos del rey de Francia, los duques de Normandía hacen gran papel en el siglo XI; convertidos en franceses por la singular aptitud de asimilación que les era característica, los normandos no perdían, sin embargo, el temperamento aventurero que los había distinguido. Las peregrinaciones á Italia, á Grecia, á la Tierra Santa, no eran para ellos más que aventuras; la flor de los guerreros normandos batalló en España durante el siglo XI contra los musulmanes ó luchó, acaudillada por los *catapanes* griegos, contra los sarracenos en Sicilia. Más tarde, Roberto Wiscard y su hermano volvieron á los normandos contra los griegos y conquistaron la Sicilia musulmana y buena parte de la Italia meridional, de donde nació el reino de las Dos Sicilias, bajo el patrocinio del papa, soberano honorario del nuevo reino normando que fué un centro de tentativas en contra de la integridad del imperio bizantino, lo que no tuvo poca influencia en las Cruzadas.— Pero la empresa normanda de mayor trascendencia en el siglo XI, fué la conquista de

Inglaterra. Los reyes daneses habían dominado en la Isla británica hasta mediados del siglo; mas su empresa de mantener la unidad interior de Inglaterra y de intervenir en la marcha de los países escandinavos era imposible. Un movimiento de emancipación, secundado por el más hábil guerrero de aquella época, Godwin, llevó al trono á un príncipe de la antigua raza inglesa, virtuoso y débil, Eduardo el Confesor, y éste, á su muerte, dejó el cetro inglés á Harold, el hijo de Godwin; tiempo hacía que los normandos codiciaban la Isla y muchos de ellos se habían establecido allí. A la sazón gobernaba á los normandos Guillermo, hijo del último duque y de una mujer del pueblo. Era un hombre enorme, de una fuerza prodigiosa y fisonomía salvaje; su bravura era desesperada, su crueldad singular, aun en aquellos tiempos crueles; sujeto á accesos de ira terrible y despiadado en sus venganzas, aquel vástago feroz de los feroces *vikings* del mar del Norte, no carecía ni de apego á los débiles ni de instinto político. Sostenía que Eduardo le había prometido el trono de Inglaterra é invadió la Isla, con este pretexto en 1066, al frente de un ejército de franceses en que preponderaba el elemento normando. En la batalla de Senlac (Hastings, dicen los franceses), tras espantosa lucha venció á Harold, que pereció combatiendo; se declaró entonces rey, y aunque en una campaña posterior reprimió de un modo salvaje las últimas tentativas de resistencia, reinó como un príncipe anglo-sajón. Terminada la conquista cifró todo su afán en impedir que se formase en la isla una nobleza feudal por el estilo de la francesa, de la que él formaba parte, y que hacía en extremo insignificante el papel de los Capetos; los barones lucharon, pero fueron sometidos. La misma independencia de la monarquía inglesa sostuvo contra la Iglesia, negando á Gregorio VII el juramento de fidelidad que éste exigía, por haber bendecido la expedición de los normandos contra Harold, el perseguidor de frailes, y en esta actitud de resistencia al papa le apoyó un sacerdote lombardo, Lanfranc, que era su ministro.— Guillermo II, el Rojo, heredó el reino inglés y siguió la lucha contra los barones, apoyado en el pueblo insular; pero cuando su terrible despotismo alcanzó á la Iglesia, que en realidad estaba bajo la absoluta dependencia de la corona (al frente de ella se encontraba un hombre íntegro y puro, S. Anselmo, italiano que había contribuido tanto á la reputación del monasterio normando de Bec y que puede considerarse como el fundador de la teología medioeval), entonces un espíritu de emancipación, adverso á la monarquía, corrió por la nación entera. Guillermo II murió, asesinado probablemente, y su hermano menor, Enrique (I), se alzó con el reino, á pesar de que el mayor de los hijos del conquistador, Roberto, estaba en la Cruzada. Enrique promulgó ordenanzas que libertaban de exacciones despóticas á la Iglesia, que

convertían en regulares los tributos exigidos á la nobleza y que aseguraban buena justicia al pueblo. Estas ordenanzas son el antecedente de la *Carta Magna*.—Enrique casó con una descendiente de los antiguos reyes, y esto significaba que el trabajo de fusión de todas las razas conquistadoras de Inglaterra estaba á punto de operarse; esta fusión se observaba sobre todo en las ciudades, donde generalmente la burguesía rica era de origen francés y que se supo mantener libre en medio del despotismo general. La *Carta* (e. d. *documento oficial en que consta un pacto*) otorgada á Londres, fué el modelo copiado por muchas otras: el rey cedió á esta ciudad el derecho de justicia; todo ciudadano de Londres tenía, según la Carta, derecho á ser juzgado por sus iguales en el tribunal comunal, por juramentos y no por la prueba del duelo judicial, según la costumbre normanda; su comercio fué protegido contra las exacciones feudales en todo el reino y, sin embargo, todavía no estaba gobernada por una corporación comunal, aunque ya existían los gremios ó asociaciones «*guilds*» de donde iba á salir la Comuna. Enrique había conquistado el ducado de Normandía, y al morir sin heredero directo en 1120, el reino pasó, después del reinado de Esteban de Blois, á un nieto del primer Enrique por la línea femenina, y con él á la *Casa de Anjou* (1154).

La conquista normanda dió origen á una situación que contenía en germen las instituciones que habían de tener tamaña influencia sobre la historia general. La monarquía fundada entonces fué netamente administrativa, completamente distinta de las monarquías feudales del Continente. Desde luego el conquistador sólo podía distribuir un pequeño territorio, tal como convenía á las facultades administrativas de un reino del siglo XI (era cuatro veces y media menor que Francia). Esta distribución hecha bajo la vigilancia de la Corona, se hizo de modo que los grandes vasallos tuviesen sus dominios diseminados en todo el territorio; el mayor de ellos tenía 793 castillos repartidos en veinte condados; ninguna jurisdicción se extendía á un condado entero; el resultado era que ningún baron podía, sin grave dificultad, reunir todas sus fuerzas. Muchos de los barones se llamaban *condes*, pero no ejercían derecho alguno de gobierno, con excepción de dos encargados de guardar las fronteras: el de Chester y el de Durham; el agente del gobierno real era el *vizconde* ó *sherif* á cuyas órdenes estaban todos los vasallos menores de la Corona, con la circunstancia de que los vasallos de los barones, lo que no sucedía en Francia, prestaban al rey juramento de fidelidad. Los nobles ingleses eran, pues, grandes señores rurales, pero no soberanos territoriales. En cambio el monarca era poderosísimo; la prueba es que Guillermo I pudo organizar el registro ó catastro de la propiedad raíz (*domesday-book*) en todo el reino para basar el

impuesto y establecer un régimen fiscal que, por cierto, llegó á ser intolerable. Esta monarquía, riquísima en dominios territoriales propios y soberana en todos, poseía un cuerpo de agentes importantísimo. El rey tenía una corte ú oficina dividida en dos ramas, la fiscal y la judicial, que derramaba sus agentes en todo el territorio; los principales eran los vizcondes y los *jueces ambulantes*, encargados de llevar la justicia real por todas partes; servían de lazo entre la autoridad central y la local. Cuando estos jueces establecían su tribunal en un condado, todo el mundo, desde el más altivo barón abajo, estaba obligado á ayudarlos. Si á todo esto se agrega un sentimiento vivaz y precoz de la unidad nacional, debido á la situación insular del reino, se comprenderá cuán distinto era de los continentales.

España.—Por tres partes había comenzado en España la obra de la *reconquista* cristiana: en los montes de Asturias, donde bajo la dirección de caudillos godo-hispanos, los indígenas habían resistido á la invasión y formado una ruda monarquía militar que se llamó *el reino de Oviedo*; en el Pirineo Occidental, donde del grupo *vascón* surgió el reino ó señorío de Navarra, y en la Marca hispánica, ó marca ó tierra gótica (Gothland ó Gothalanía ó Cataluña), donde el feudatario de los reyes francos asumió bien pronto su independencia con el nombre de *conde de Barcelona*.—Todos esos embriones de la futura España apenas tenían significación en el imperio árabe-hispano, que con el nombre de *Andalús* se constituyó por los comienzos del siglo X en un Califato como el de Bagdad. Bajo el reinado de Abderramán III, los pequeños emiratos y ciudades independientes en que la península se dividía, formaron parte de una monarquía administrativa y absoluta, cuyo jefe ó califa desplegó vastísima inteligencia. Entonces, cuando todo el Occidente europeo estaba sumergido en la barbarie, Córdoba era un prodigioso centro de cultura, con medio millón de habitantes, 3,000 mezquitas, 11,300 casas y gran número de escuelas, y el Califato español dominaba el Mediterráneo Occidental.—Sin embargo, los cristianos avanzaban palmo á palmo, edificando castillos y levantando pueblos, villas ó ciudades que iban marcando las fronteras sucesivas, y adonde atraían pobladores á fuerza de promesas de privilegios ó *fueros*, que las constituían en comunas militares, casi autonómicas; gracias á esta política, los navarros y catalanes avanzaron al Ebro, y los asturianos al Duero, lo que les permitió constituir el nuevo *reino de León*. Sin embargo, todo aquel trabajo vino por tierra, cuando á fines del siglo X gobernó en Córdoba con el título de *hagib*, que corresponde á la función de mayordomo palatino de los francos, el personaje que recibió con el tiempo el nombre de Almanzor (*protegido de Alah*). En cincuenta campañas recu-

peró toda la península, se apoderó de las tres capitales, León, Pamplona y Barcelona, y saqueó el santuario de la reconquista, erigido á Santiago en Asturias; vencido al fin por un supremo esfuerzo de los cristianos unidos, murió Almanzor y el Califato entró en plena decadencia en el siglo XI, en que á la influencia árabe pura sucedió la árabe-berberisca ó mora. Tuvo todavía días de esplendor que interrumpía un estado constante de anarquía, hasta que, antes de los trescientos años de la venida á España del primer Abd-er-Rahman, vástago de los Umeyahs, desapareció para siempre, dejando á la España árabe irremisiblemente dividida y débil.

Al mismo tiempo que desaparece el Califato, surge en España el reino de Castilla; en esta comarca, ganada trabajosamente á los mahometanos, y frecuentemente perdida y vuelta á recobrar, los castillos (de Castel, Castilla) se multiplicaban, y sus castellanos se agrupaban en derredor de diferentes condes; cuando las necesidades de la defensa impusieron á estos condes un solo jefe, el rey de León se encontró con un vasallo á punto de ser más poderoso que él, el conde de Castilla; y cuando este jefe era un caudillo como Fernán González (siglo X), el vasallaje se tornó en independencia. Los enlaces de familia dieron á Sancho el Mayor, rey de Navarra, las coronas de Navarra, León y la conda de Castilla, precisamente al declinar el Califato; cuando este rey iba á morir, tornó á repartir el reino, pero creando dos más, el de Castilla y el pequeño de Aragón, que sus bravos monarcas ensancharon bien pronto hasta el Ebro.—El siglo XI es el siglo épico de las hazañas castellanias: todas las personifica el famoso Ruy Díaz de Vivar, *el Cid campeador*, que decían los musulmanes. Altivo con sus soberanos, bueno con los humildes, vengativo, invencible é infatigable, sirviendo un día á los reyes de Castilla, otro á los emires mahometanos, ganándose un reino con la punta de su *tizona* (el de Valencia), sus hechos, transformados por el entusiasmo y la imaginación popular, lo convirtieron en el centro de mil leyendas y de uno de los ciclos épicos más antiguos de la poesía heroica-popular de España.—El rey Alfonso VI, al finalizar el siglo XI, ensanchó su reino castellano hasta el Tajo, apoderándose de la judía Toledo, la antigua capital de los godos, y tomó el título de Emperador. Es verdad que este hecho atrajo sobre España una gran invasión de árabes africanos, la de los *Almoravides*, que vencieron á Alfonso y se apoderaron de España; pero Castilla sólo se detuvo algún tiempo en el camino de la *Reconquista*.

Si el siglo X recibió de los hombres que en él vivieron el nombre de «Siglo de hierro,» no lo merecía menos el XI. Las mismas calamidades públicas (hambres, pestes) originadas por la falta completa de seguridad, por el aban-

dono de los campos ante la guerra que, ya lo dijimos en un anterior capítulo, señoreaba toda la Europa de Occidente: guerra individual (torneos, duelos judiciales), guerras privadas (de señor á señor, de castillo á castillo), guerras públicas entre los soberanos, tal era la terrible jerarquía de muerte que pesaba sobre la población del trabajo y la miseria como una maldición inexpiable. Papas, obispos y abades guerreaban también, ó personalmente ó por medio de sus agentes, aunque la Iglesia en cuerpo protestaba en nombre de su misión de paz.—Los monjes, y luego los concilios, comenzaron en el medio día de Francia á predicar *la paz de Dios*, la supresión de la guerra; pero tal empresa equivalía á suprimir el modo de ser del mundo feudal; hubo necesidad de contemporizar con las costumbres, y la Iglesia predicó *la tregua de Dios*, es decir, que la guerra, según un pacto que la Iglesia dictaba á los barones, debía suspenderse ciertos días de la semana y en ciertas fiestas del año, bajo pena de excomunión; pronto cundió la idea, y los grandes, los reyes y el emperador la tomaron bajo su patrocinio.—Hizo más la Iglesia: dió á la nobleza feudal una misión y un carácter religioso, transformando *la Caballería*. Esta institución provino de una costumbre germánica (entrega pública de las armas al joven guerrero: Tácito, Germania XIII) conservada al través de las invasiones y que tomó incremento cuando á la antigua infantería de la época de la invasión sucedió, como arma principal, la caballería, al grado de que todo barón era forzosamente caballero. Por el siglo XI la institución se organizó y regularizó, y los deberes caballerescos fueron: *la fidelidad* y *la lealtad*, originados de las relaciones del vasallo con el soberano; la protección á los débiles y necesitados fluía de las relaciones de soberano á vasallo, y la bravura y el honor, sentimiento peculiar de aquel tiempo y aquella sociedad. La Iglesia intervino y convirtió á la caballería en *un sacramento feudal*, y al caballero en algo así como un sacerdote militar.—Al salir de manos de la familia, el noble adolescente pasaba al castillo del soberano, del rey á veces, á ser doncel ó paje, y comenzaba su educación militar; luego se convertía en *escudero* y acompañaba al señor á la caza, á la guerra. Pasados los quince años, era armado caballero, preparándose á este acto por medio del ayuno y la oración: después de velar sus armas en la capilla castellana y de recibir la eucaristía, revestía su traje de fierro, su espada y sus espuelas, todo bendito, y juraba, además de sus deberes feudales, el de proteger la Iglesia y combatir á los infieles. Poco á poco la caballería se trocó en una vasta afiliación cristiana que se extendió por la Europa entera. Luego se complicó con cierto simbolismo místico y refinado, y degeneró al fin en una institución galante y novelesca. Por medio de la caballería logró la Iglesia hacer entrar

un elemento de piedad y misericordia en el corazón férreo de los hombres feudales. Pero empresa mayor acometió todavía: la de dirigir todo el esfuerzo del feudalismo cristiano hacia un fin militar y religioso á la vez; de este pensamiento nacieron las *Cruzadas*.

2. *El imperio bizantino del siglo VIII al XI.*—Mas en el camino de las Cruzadas, cuyo objeto ostensible era reconquistar el *Santo Sepulcro*, estaba el imperio bizantino. Lo hemos visto entregado por completo á las luchas que suscitó la tentativa de reforma religiosa de los emperadores iconomacos (enemigos del culto de las imágenes) á la que se opuso tan vigorosamente el episcopado en Occidente, acaudillado por el Papa; estas luchas no impidieron que uno de esos emperadores heréticos, León III, salvase á la cristiandad en 716, dejando á la invasión árabe quebrantada para siempre bajo los muros de Constantinopla.—La dinastía macedónica (fundada por un general que había empezado por cuidar de los establos, Basilio) inauguró el gran período de la reconstitución territorial del imperio, después de la reacción que acabó con la reforma religiosa, y restableció á mediados del siglo IX, por medio de un concilio ecuménico, el culto de las imágenes. Dos siglos duró el reinado de los macedónicos, que desaparecieron al mediar el XI; al par que varios príncipes de esta dinastía cuando eran menores de edad, reinaron hombres de temple superior, como Romano Lecapeno, Nikeforo Fokas, Juan Zimisceés, y aunque estas especies de regencias fueron ocasionadísimas á usurpaciones que se intentaron varias veces, la opinión de los *demos* en que estaba dividido el pueblo de Constantinopla las impidió ó las corrigió severamente, manteniendo en el trono á los porfirogénitos (e. d., nacidos en la púrpura y materialmente en *el palacio purpúreo*, el PORFIRIÓN). En los dos siglos citados no escasearon ni las intrigas de palacio, ni los crímenes; pero el conjunto es singularmente grandioso porque jamás brilló tanto el helenismo medioeval, reunido en un solo Estado, según el deseo de Aristóteles, y teniendo por focos principales las universidades de Constantinopla y Athenas. El imperio recobró entonces una parte del archipiélago (Kreta, Kypre) y de la Siria (Antioquía) y empujó sus expediciones hasta el Eufrates; por el lado de Europa destruyó el poder del imperio búlgaro que dominaba en una buena parte de la península de los Balkanes, venció y se conquistó la adhesión de los rusos cristianizados por los misioneros bizantinos y se rodeó de una zona de pequeños estados tributarios en Italia misma (Gaeta, Amalfi, Venecia). Constantinopla era la primera plaza mercantil del mundo, y sus flotas llevaban á todos los puertos del Mediterráneo los productos bizantinos: telas, joyas y platerías, trabajos en marfil. Esta prosperidad servía para enriquecer prodigiosamente el tesoro y costear los gastos de

una fastuosísima corte y de una sabia y complicada administración.—Por desgracia la separación del mundo oriental y occidental se hizo definitiva con la larga lucha emprendida por el sabio y orgulloso patriarca de Constantinopla, Focio, en mitad del siglo IX, y, después de mil peripecias, consumada por otro patriarca, Miguel Cerulario, en 1054, lucha que se llama en la historia el *Cisma de Oriente*. Una cuestión dogmática que giraba entera en derredor de la palabra *filioque* introducida en el símbolo de la fe por los latinos (lo que atañía al misterio de la Trinidad en que el Espíritu procedía sólo del Padre, según los griegos, y según los romanos, del Padre y del Hijo) y otra antiquísima rivalidad por la supremacía, hicieron la separación irreparable.—En el siglo XI la dinastía de los Comnenos substituyó á la macedónica y comenzó un largo período de anarquía que se complicó con los ataques de los turcos en Asia Menor y de los normandos en Iliria; á todo se había sobrepuesto Alexis Comneno cuando llegó á Constantinopla el gran ejército cruzado. ¿Era auxiliar ó conquistador?

El *basileo* bizantino (que también se llamaba como el emperador germánico, pero antes que él, *rey de romanos*) era un jefe de la Iglesia, como su antecesor el César pagano había sido un Sumo Pontífice; no podía, como el César, ser Dios, pero era un vicario de Cristo, quien á su vez era considerado como el eterno y real emperador de Constantinopla. Dentro de los templos, el basileo ejercía las funciones del diaconado y penetraba en el tabernáculo (*ikonostasis*); fuera del templo era un personaje eminentemente eclesiástico, un sacerdote, como el concilio de Kalkedonia lo había proclamado; y por eso la consagración imperial, imitada luego en Occidente, era un verdadero sacramento, una unción que se suponía ejecutada por el Cristo mismo; tanto que en ciertas ocasiones, v. g. en la fiesta pascual, el emperador tomaba la figura del Redentor y se presentaba con el cuerpo envuelto de bandillas doradas, como el del Cristo en la tumba; la cintura rodeada de un sudario, el cetro en forma de cruz en una mano y en la otra la *akakia*, bolsa de tela purpúrea llena de polvo de las tumbas (Schlumberger). Su traje era sacerdotal; sobre la klámide ó alba, se ponía una especie de casulla de tisú de oro y pedrería; su diadema era una tiara de la que colgaban por ambos lados dos *prependulias* de gemas preciosas, que se cerraban bajo la barba y que lo hacían aparecer rígido, hierático y mudo como un ídolo incrustado en su trono áureo, perdido entre el incienso, rodeado de un mundo de oficiales y sacerdotes que entonaban cánticos y letanías en alabanza del Cristo, de la Madre de Dios, particularmente adorada en Bizancio, y del dueño del Universo, del *autokrator kosmikos*, del emperador ecuménico. Esta inmensa autoridad estaba de hecho limitada por un clero poderosísimo y no siempre sumiso; por la opinión pública, que se expresaba en epigramas y canciones; por la

incomparable claridad y fijeza de las leyes romanas, y, sobre todo, por las intrigas de palacio, en que tomaban parte los silenciarios, los kiliaros, todos eunucos; los patriarcas, á veces eunucos también, y sobre todo, las emperatrices, cuando eran de la talla de las Ireneas, de las Theodoras, de las Theofanos.—En resumen, mientras la Europa de Occidente apenas balbuceaba los primeros rudimentos de la civilización, un imperio, que las revoluciones interiores no bastaban á desorganizar, vivía de una cultura refinada en la ciencia, en el arte, en la literatura; conservaba fielmente el depósito de las letras antiguas; educaba el pueblo árabe; cristianizaba á los eslavos y establecía un dique poderoso contra la invasión asiática, dique que no hubieran destruído los mahometanos, si antes no lo hubiese desbaratado la Europa Occidental, que había podido, sólo gracias á él, organizarse y cobrar fuerzas.

3. *Los mahometanos: el Kalifato de Bagdad.*—La dinastía de los Abbasidas, que había surgido en derredor de su pendón negro, de la sangre de los Umeyahs, desdeñó el oasis de Damasco, y, en el último tercio del siglo VIII, en las márgenes del Tigris fundó á Bagdad, la nueva capital del califato, que llegó á ser una ciudad de encantos y maravillas. Los califas, ó constructores fastuosísimos ó guerreros victoriosos, gastaban en sus palacios, en sus empresas y en sus peregrinaciones á la Mekka un lujo tal, que, á pesar de las exageraciones de los poetas, ha dejado la huella de haber sido una realidad sorprendente en las imaginaciones orientales; de estos príncipes, el más conocido fué el contemporáneo y amigo de Carlo Magno, el célebre Harun Arraschid, el califa de las «Mil y una noches.» Las luchas con los griegos, de que salió victorioso, y las revueltas siempre debeladas del Jorasán (Asia Central, Merv, capital) lo distrajeron de sus ocupaciones de organizador y artista, en que había sido admirablemente dirigido por la familia persa de los Barmekidas, sus ministros, á quienes por celos despojó del poder y la fortuna. A la muerte de Harun, el elemento árabe representado por Bagdad y el persa que tenía su foco en Merv, entraron en tremendo conflicto, que acabó con el triunfo de los persas.—El reinado del más grande de los califas abbasidas, Almamum, en el siglo IX, marca el apogeo de la influencia persa; como todos los reinados orientales, el de Almamum es una mezcla de crímenes, de guerras con los sectarios, de campañas en el Asia Menor, de actos de generosidad y esplendor inverosímiles; de oro y sangre, de luz y sombra. Pero en su tiempo el partido persa hizo la tentativa heroica de reconciliar definitivamente la cultura helénica con el Islamismo. (Se dice que este califa promovió una serie de guerras contra los bizantinos para obligar al emperador á cederle á un sabio que vivía en Constantinopla.) Hizo traducir las obras helénicas; fundó numerosas escuelas é institutos dirigidos á

veces por cristianos; estableció academias de sabios en que se discutía el Korán con entera libertad y que fueron un semillero de librepensadores. Prefería abiertamente la ciencia á la fe ciega, y puede decirse que entonces nació lo que se ha llamado «la cultura árabe,» que es apenas una transformación de la greco-oriental.

En ese mismo siglo de grandeza del califato abbasida, apuntaron todos los gérmenes de su lenta, pero irremediable decadencia. Para procurarse una defensa personal contra los sectarios, los califas reclutaron, entre los pueblos bravíos de las comarcas uralo-altaicas, una guardia que fué insensiblemente creciendo hasta componer un ejército en que predominaba el elemento *turk*. Esta guardia turca comenzó por tomar parte en los disturbios interiores y acabó por hacer y deshacer califas á su antojo; sus jefes ejercieron los más altos puestos del imperio, y su caudillo principal, verdadero mayordomo de palacio, recibió del nulificado califa el dictado de «príncipe de los príncipes.»—Entretanto el Califato se disgregaba; en Africa, en las regiones en que el elemento árabe y berberisco se habían mezclado, un *mahdi* (el mesías ó salvador que se suponía anunciado por Mahoma y que tamaño papel había de desempeñar en los destinos del islamismo hasta en nuestros días) que se decía descendiente de Fatimah, la hija del Profeta, organizó un vasto imperio africano que señoreó el Mediterráneo Occidental en el siglo IX y que tras uno y otro asalto logró al fin apoderarse de Egipto y extenderse por Siria en el siglo X; su dinastía se ha llamado de los *Fatémidas*.—En la parte oriental del califato, Persia, el Jorasán, toda el Asia Central, se habían emancipado; una de las grandes tribus turcas fundó en los confines del Afghanistan y Jorasán el imperio brillante de los Gazneuidas, que sometió el Asia Central en parte y la India, y fué también un centro de cultura en el siglo XI. (En la corte de este imperio floreció el poeta más grande del tiempo, Ferdusi, el Homero persa.)—Una nueva oleada de nómades del Turkestán, los *seldchuccidas*, al mediar el siglo X, invade y somete el Asia Central (Persa y Jorasán), empuja á los gazneuidas hacia las comarcas índicas, y arroja de Bagdad á los *buydas* que habían reemplazado á los turks. El imperio seldchuccida, al arrimo del espectro de califa que había quedado en Bagdad, logra extenderse por el Asia Anterior, domina y oprime á Jerusalem y se adueña de gran parte del Asia Menor. Mas al concluir el siglo X, el imperio estaba desmembrado en diversos sultanatos y debilitado por ende.

En la anarquía que vuelve á reinar entre los islamitas, comienza á hacer un siniestro papel una secta, cuyo jefe se llamaba el Anciano, *Viejo de la montaña* y que se había dado por misión matar á cuantos rehusaban perte-